

Lautaro Yankas

Adela



TODO eso que usted está diciendo debía escribirlo. No se equivoca al hablar de los hombres, a los que usted conoce en su obscura conciencia de payasos y de egoístas sin medida. Tampoco yerra en lo que ha dicho de nosotras. Yo lo confieso y no veo por qué nos vamos a engañar con nuestras propias palabras. Usted mira la vida, la vive y es capaz de dar así la sensación de una realidad conmovida. A las mujeres nos gusta que nos adivinen. Eso demuestra nuestra vanidad y en ello también descubro el interés que provoca en ustedes el eterno femenino.

Adela golpeó el guión marginal y empujó el carro de la máquina con un gesto de ausencia, blando y dolido. Su cara expresaba la distancia de las cosas frías y prácticas, la extrañeza de su alma, extrañeza flotante y adormecida frente a los discos del teclado, ante el cual veía correr los días iguales.

Rubia, esbelta, tranquila, su cuerpo parecía recogerse en la seda de su traje o en el amplio estuche del abrigo, tal era la humildad de su carne blanca y mate, como si obediente a exterior designio, ella, que bien pudo ser soberbia y tentadora, se adentrase en un destino negativo. Mas lo que primero observé en Adela Asenjo fué aquel divorcio entre su naturaleza, creada y modelada para el espacio vivo y aquel trabajo de secretaria, disperso y supeditado. De seguro, los cientos de diarios visitantes debían de adivinar lo mismo al entrar en aquella oficina. Las altas paredes, los pesados estantes y las pesadas mesas perdidas bajo mazos de cartas e informes, de formularios y recibos, tenían la insolencia de ahogar la sencilla gracia de Adela y apuntaban su voluntad expulsiva. En último término, Adela vivía allí como un insecto venido del ancho cielo: ni quería morir allí ni aquel cubo rezumando rancios olores quería soportarla. Sin embargo, los años pasaban sin alternativas y Adela, cada mañana, en lugar de quedarse en cama soñando con las blancas nubes que veía desde la ancha ventana de su cuarto, o vagar por los parques a la espera del amado imposible, se deslizaba en la oficina y su cuerpo manso se doblaba luego sobre el teclado de la máquina. Erguíanse entonces sobre su pequeña figura subyugada los fríos muros, los graves estantes, las altas y macizas puertas pintadas de sombras y de indiferencia.

Yo pensaba que Adela fué creada para el nido y las ternuras, para una intimidad húmeda de luz y de

estremecidas caricias y que allí, en aquella sala donde a toda hora entraba cualquier desconocido, hacía falta otro ser, móvil y frío, insubstancial y flexible, que rompiese la imponentia de las cosas muertas.

No siempre es posible escribir lo que se dice o se piensa y siente, por exacto o dramático que sea. La intimidad de una conversación no puede sin peligro ser vertida horas después en los moldes de un escrito emotivo, en un espacio literario. Si alguien lo intenta, debe crear también las condiciones que cuajaron aquella intimidad. Usted, por ejemplo, sería un motivo admirable, pero yo debería reunir en el momento oportuno todas aquellas circunstancias que me han hecho conocerla.

Adela pareció recogerse antes de responderme:

—Usted ha llegado aquí de un modo diferente. No es un visitante cualquiera, esto lo sabemos, y el hecho de que yo haya dado tema para que usted diga cosas tan acertadas y tan impresionantes, crea la intimidad.

—Nuestro común amigo, que acaba de salir, dice que usted espera, sentada ahí, la dicha que la vida le tiene prometida. A través de la ironía de este compañero de trabajo, veo en usted una voluntad de mujer adormecida y mansa. Él piensa que usted no se esfuerza en esta batalla por la posible dicha, que en la mujer se reduce casi siempre a la batalla por el hombre definitivo. Usted no asiste a fiestas ni paseos. Se llega cada vez más a su casa, que por otra parte casi no es suya.

—Todo eso o casi todo, es verdad y usted tiene la culpa de que se lo confiese. Esa mirada suya al entrar me dice que yo no debía estar moviendo los dedos sobre la máquina. Querría haber nacido en otro medio y haber sido educada en una vida objetiva y práctica, sin ese derroche de ternura y de calor hogareño que me hace mirar a seres y cosas con ojos ansiosos y blandos, ganosa de acunarlos. Me guiaron para cumplir mi destino de mujer y aquí me tiene acariciando a cada rato este pepueño monstruo, poniendo mis ojos sobre papeles extraños. No puede crear calor, vida humana. Aquí dominan los fríos elementos de este mundo, que me paralogizan.

—Suya no es la culpa, Adela. Si el hombre hubiera llegado a tiempo, su vida no se desviaría hoy por estériles caminos. No llegó ese hombre o usted lo apartó en un impulso de soberbia. Porque usted fué también una muchacha alegre y despreocupada y entonces...

El destino de una es a veces obscuro. Toda mujer tiene amigos, hombres que la asedian; pero no siempre el corazón le dice donde está la verdad. Mientras el tiempo huye y otros hombres llegan y pasan, porque cuando uno comienza a pensar, es tarde...

—Existencia azarosa, como otras.

—Tan azarosa como triste. Sin embargo, yo retengo el sentido de una vida dichosa para mí, sé lo que me haría feliz, aunque el ideal haya pasado. Toda mujer espera, aún en sus últimos años, y eso la hace recogerse. Yo, como otras, no sé buscar.

—Lo he observado, Adela. Cuando un hombre llega por primera vez hasta usted veo que lo estudia con ánimo de desmenuzarlo. Usted no se adelanta, no se ofrece a la curiosidad ajena, no intenta lo que todas ensayan.

—Puede que haga lo que otras, pero sin exponerm nunca, sin el menor sacrificio.

—El sacrificio es tal vez necesario a la dicha, un leve sacrificio de sus ojos, por ejemplo, de sus labios tan expresivos.

—No he hallado un hombre que me alentara lealmente. Pololeé mucho, hace años. Ahora me fastidia todo eso.

—¿No sería capaz de sacrificar el cariño si un hombre cayera a sus pies?

—Eso es vago. Claro, según el hombre.

—Comprendo; usted desea el hijo...

—Sí. Profunda. Me casaría por tenerlo. Me enloquecen los niños y me pasaría la vida con ellos. Me arrastran, me privan de toda otra voluntad que no sea la de quererlos y ampararlos.

—¿Hay alguna mujer que no desee el hijo?

—Las que fueron educadas para otras funciones...

Calló Adela: dejó flotar su mirada como si en ella se desparezase la imagen de sus noches sin sueño y de sus días inciertos. Su busto parecía diluído en las suaves tintas de la sala. Tuve la impresión de lo inesperado.

—Pese a la educación, obedecemos al mandato.

Sus labios frescos, modulados para la total expresión, se apretaban ahora conteniendo un temblor. Adela luchaba, al parecer, consigo misma.

—Ahora que dejé de ser muchacha, se me ocurre que debí escoger a aquel que en la intimidad tuvo actitudes de niño, del niño con que yo soñaba... Entre todos, fué quien estuvo más cerca de mi ternura, aunque su carácter y su modo de vivir me hicieran comprender que la dicha no podría remontar más allá del hijo. ¿Me comprende?

—Desde luego, Adela.

—Fué en los años en que la mujer ofrece al hombre todas sus ilusiones a cambio de la lealtad. Era alto como usted, sensible, y su palabra tenía la magia de un secreto feliz. Me agradaba escucharlo, porque en lugar de referirme historias y chascarrillos insulsos, gustaba de remover la vida que nos rodeaba y así me reveló una existencia nueva, la que alienta debajo de las palabras y los hechos. Lo conocí en un comienzo de primavera, entre los árboles que reventaban y florecían, y esto me hizo abrir los ojos sobre el eterno cambio de los seres y las cosas. Muchas veces él me acercó a otras mujeres y a otros hombres, y me hizo conocerlos como se hace con las flores y los pájaros. Creo que él era la vida toda, porque después de nuestra amistad he vuelto a las tinieblas. Mis ojos no saben penetrar las cosas vivas o muertas y mi pensamiento sólo sabe recordar. Aquello duró dos primaveras. Nos despedimos una tarde cuando las árboles del parque

que acostumbrábamos visitar, vaciaban su fragancia y su jugoso color. Desde entonces, lo repito, no hago otra cosa que recordar; repaso los rincones donde charlábamos y nos confiábamos nuestros sueños.

—¿Quién provocó la ruptura?

—Yo. El cariño nos hace terribles como la divinidad; pensamos que el cielo y la tierra son nuestros. En tal plenitud de dicha no aceptamos una sombra.

—El hombre arrastra siempre tras sí, una sombra ingrata...

—Cierto. Esa sombra... era una aventura vulgar, Una mujer cualquiera y hasta un hijo...

—Ah...

—Pero hoy, con aquella misma plenitud, lo habría retenido para mí, le habría perdonado todo. Mas hoy es tarde. El tiene su hogar y creo que es feliz. Debe serlo.

Vino el silencio y en él, por primera vez, vi a Adela dominando la fría atmósfera de la sala, con sus ojos deslumbrados y su boca palpitante.